

acompañan ese prólogo e introducen al lector en una comprensión más completa del texto y de las circunstancias de su redacción.

No cabe duda de que los paisajes, los pueblos y los hombres de las provincias argentinas hirieron la sensibilidad, la imaginación y el corazón del brillante naturalista prusiano: la rudeza de ese mundo y sus posibilidades futuras atrajeron su vocación de pionero y explorador. En Tucumán conoció a la que sería su segunda esposa, Petrona de Tejeda, con la cual contrajo nupcias luego de su establecimiento definitivo en Argentina. Como escribió a finales de su extensa incursión rioplatense: “solamente motivos ajenos a mi voluntad podían decidirme a sofocar mis intenciones de quedarme en esta tierra; si hubiese sido libre e independiente, difícilmente habría vuelto a pisar el suelo de Europa”. No eran estas las palabras de un joven pleno de futuro que salía en busca de su destino, sino las de un hombre maduro, que ya sobrepasaba el medio siglo y que contaba con una bien lograda fama de hombre de ciencia, la cual decidió consagrar en sus últimos años a esa tierra extraña que logró cautivarlo.

ROGELIO PAREDES

FRANCISCO DORATIOTO, *General Osorio. A espada liberal do Imperio*, San Pablo, Companhia Das Letras, 2008, 262 pp.

Francisco Doratioto, autor de *Maldita guerra*, uno de los estudios más importantes aparecidos en las últimas décadas acerca de la prolongada conflagración que enfrentó durante cinco años a los países de la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay) contra el Paraguay, acaba de publicar una biografía del general Manuel Osorio. Fue una de las figuras cívico-militares de mayor relieve durante el Imperio, verdadero arquetipo de cualidades castrenses y a la vez de adhesión a las ideas liberales entonces tan en boga en la mayor parte de las naciones de América del Sur.

Si hoy el nombre del guerrero riograndense resulta casi desconocido más allá de los lindes brasileños, durante la segunda mitad del siglo XIX, desde que comandó las tropas de su patria en varias etapas de aquella cruenta lucha internacional, fue sinónimo de valor, lealtad hacia sus aliados y generosidad para el adversario. No había concurrido a ningún instituto de formación castrense y su experiencia militar dimanaba de una prolongada permanencia en el ejército iniciada en los tiempos en que la actual República

Oriental del Uruguay sufría la dominación portuguesa con el nombre de Provincia Cisplatina.

Dice Doratioto que en la vejez Osorio relató que, además de ingresar al ejército contra su voluntad, jamás sintió entusiasmo por la profesión castrense. Sin embargo se dedicó a ella por entero, sin esquivar misiones difíciles ni actuar motivado por facilidades y ganancias financieras. Y agrega que diferentes episodios de la carrera del mariscal muestran que hallaba natural que la vida militar estuviese plagada de sacrificios. Así ocurría en la frontera sur, donde vivió prácticamente toda la vida.

Poseía una inteligencia clara, hablaba con elocuencia y versificaba con cierta facilidad, circunstancia que tanto lo motivaba para escribir poemas amorosos como para pronunciar arengas o brindis rimados. Anhelaba que sus hijos adquirieran grados universitarios y los desalentaba de seguir la carrera de las armas que, para él, sólo proporcionaba pobreza y fatigas.

Es curioso que, con una mentalidad civil, fuera sin embargo un soldado tan cabal, firme en la aplicación de las reglas, incansable en la consecución de objetivos militares, impertérrito frente al peligro, certero en la adopción de decisiones tácticas, y a la vez dueño de una capacidad de liderazgo que, paso a paso en su carrera, lo convertiría durante y después de la guerra del Paraguay en un comandante amado y seguido por sus subordinados.

El autor estudia con pluma amena la actuación del general “gaúcho” en el período de la República Farroupilha, donde descubrió y practicó el arte de la política; su posterior crecimiento en este último ámbito, en las labores rurales y en las filas armadas; su papel en la guerra del Paraguay y su entrega a la vida cívica como líder del partido liberal, que lo llevó al ejercicio legislativo como diputado y senador y a ocupar un ministerio. Lo llama “la espada liberal del imperio”, lo destaca como “el militar más popular del Brasil” y subraya su condición de “patrono informal” del ejército de su país durante varias décadas, hasta que lentamente fue sustituido en el panteón castrense –y como consecuencia en el imaginario colectivo– por el duque de Caxias, miembro conspicuo del partido conservador y sobre todo representante de una escuela de soldados formada en institutos de enseñanza de su arma, además de fogueado como Osorio en los campos de batalla.

En suma, el libro de Doratioto, documentado, riguroso y libre de adjetivaciones que suelen deslucir los trabajos científicos, constituye un excelente aporte sobre un personaje cuyo recuerdo ha promovido este año en el Brasil algunas publicaciones de tono grandilocuente.

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO